



H. P. Lovecraft

El color del
espacio
exterior

E LEJANDRIA

EL COLOR DEL ESPACIO EXTERIOR

H. P. LOVECRAFT

1927

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO**

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

El color del espacio exterior

Por H. P. Lovecraft

Amazing Stories, vol. 2, no. 6 (Septiembre 1927)

. . . y en el temible instante de mayor oscuridad, los observadores vieron retorcerse en la altura de la copa del árbol, mil puntos diminutos de débil y profano resplandor, inclinando cada rama como el fuego de San Elmo. . . y todo el tiempo el rayo de fosforescencia del pozo se hacía cada vez más brillante y traía a las mentes de los hombres acurrucados, una sensación de fatalidad y anormalidad. . .

Ya no brillaba, sino que se derramaba; y cuando la corriente informe de color insustituible salía del pozo, parecía fluir directamente hacia el cielo.

AQUÍ hay una historia totalmente diferente que podemos recomendarles encarecidamente. Podríamos alabar el relato como una de las mejores obras literarias que hemos tenido la suerte de leer. El tema es original, pero lo suficientemente fantástico como para que esté por encima de muchas historias científicas contemporáneas. No se arrepentirá de haber leído este maravilloso relato.

Al oeste de Arkham las colinas se elevan salvajes, y hay valles con bosques profundos que ningún hacha ha cortado jamás. Hay cañadas oscuras y estrechas en las que los árboles se inclinan fantásticamente, y en las que los delgados riachuelos gotean sin haber captado nunca el destello de la luz del sol. En las laderas más suaves hay granjas, antiguas y rocosas, con cabañas en cuclillas y recubiertas de musgo que meditan eternamente sobre los viejos secretos de Nueva Inglaterra al amparo de grandes salientes; pero todas ellas están ahora vacías, con las anchas chimeneas

desmoronándose y los laterales de tejas abultándose peligrosamente bajo los bajos tejados de dos aguas.

Los ancianos se han ido, y a los extranjeros no les gusta vivir allí. Los franco-canadienses lo han intentado, los italianos lo han intentado y los polacos han venido y se han ido. No es por nada que se pueda ver, oír o manejar, sino por algo que se imagina. El lugar no es bueno para la imaginación, y no trae sueños tranquilos por la noche. Debe ser esto lo que mantiene alejados a los extranjeros, pues el viejo Ammi Pierce nunca les ha contado nada que recuerde de los días extraños. Ammi, cuya cabeza está un poco rara desde hace años, es el único que aún permanece, o que alguna vez habla de los días extraños; y se atreve a hacerlo porque su casa está muy cerca de los campos abiertos y de los caminos transitados alrededor de Arkham.

Hubo una vez un camino sobre las colinas y a través de los valles, que discurría en línea recta por donde ahora está el brezal destruido; pero la gente dejó de utilizarlo y se trazó un nuevo camino que se curva hacia el sur. Todavía se pueden encontrar rastros de la antigua entre la maleza de un desierto que regresa, y algunos de ellos sin duda persistirán incluso cuando la mitad de las hondonadas se inunden para el nuevo embalse. Entonces, los bosques oscuros serán talados y los brezales devastados se adormecerán bajo las aguas azules cuya superficie reflejará el cielo y se ondulará bajo el sol. Y los secretos de los días extraños serán uno con los secretos de las profundidades; uno con la sabiduría oculta del viejo océano, y todo el misterio de la tierra primitiva.

Cuando me adentré en las colinas y los valles para inspeccionar el nuevo embalse, me dijeron que el lugar era maligno. Me lo dijeron en Arkham, y como ese es un pueblo muy antiguo, lleno de leyendas de brujas, pensé que el mal debía ser algo que las abuelas

habían susurrado a los niños durante siglos. El nombre de "brezal maldito" me pareció muy extraño y teatral, y me pregunté cómo había llegado al folclore de un pueblo puritano. Entonces vi aquella oscura maraña de cañadas y laderas hacia el oeste por mí mismo, y dejé de asombrarme por nada más que por su propio y antiguo misterio. Era de día cuando lo vi, pero la sombra siempre acechaba allí. Los árboles crecían con demasiada densidad y sus troncos eran demasiado grandes para cualquier bosque sano de Nueva Inglaterra. Había demasiado silencio en los tenues callejones entre ellos, y el suelo era demasiado blando con el húmedo musgo y los matorrales de infinitos años de decadencia.

En los espacios abiertos, sobre todo a lo largo de la línea de la antigua carretera, había pequeñas granjas en las laderas; a veces con todos los edificios en pie, a veces con sólo uno o dos, y a veces con sólo una chimenea solitaria o una bodega que se llenaba rápidamente. Reinaban las malas hierbas y las zarzas, y los animales salvajes furtivos crujían en la maleza. Sobre todo había una bruma de inquietud y opresión; un toque de lo irreal y lo grotesco, como si algún elemento vital de la perspectiva o el claroscuro estuviera mal. No me extrañó que los extranjeros no se quedaran, pues no era una región para dormir. Se parecía demasiado a un paisaje de Salvator Rosa; demasiado a un grabado en madera prohibido en un cuento de terror.

Pero ni siquiera todo esto era tan malo como el maldito páramo. Lo supe en el momento en que lo encontré en el fondo de un espacioso valle; porque ningún otro nombre podía encajar con tal cosa, ni ninguna otra cosa encajaba con tal nombre. Era como si el poeta hubiera acuñado la frase por haber visto esta región en particular. Debía de ser, pensé al verlo, el resultado de un incendio; pero ¿por qué no había crecido nada nuevo en aquellas cinco hectáreas de desolación gris que se extendían abiertas al cielo como una gran mancha carcomida por el ácido en los bosques y los campos? Se

encontraba en gran parte al norte de la antigua línea de la carretera, pero invadía un poco el otro lado. Sentí una extraña reticencia a la hora de acercarme, y al final lo hice sólo porque mi negocio me llevaba a través y más allá de él. No había vegetación de ningún tipo en aquella amplia extensión, sino sólo un fino polvo gris o ceniza que el viento no parecía mover nunca. Los árboles cercanos eran enfermizos y achaparrados, y muchos troncos muertos se erguían o se pudrían en el borde. Mientras caminaba apresuradamente, vi los ladrillos y las piedras caídas de una vieja chimenea y un sótano, a mi derecha, y las negras fauces de un pozo abandonado cuyos vapores estancados jugaban extraños trucos con los matices de la luz del sol. Incluso la larga y oscura subida del bosque más allá parecía bienvenida en contraste, y ya no me maravillaban los susurros asustados de la gente de Arkham. No había ninguna casa ni ruina cerca; incluso en los viejos tiempos el lugar debía ser solitario y remoto. Y en el crepúsculo, temiendo volver a pasar por aquel ominoso lugar, caminé tortuosamente de vuelta al pueblo por el camino curvo del sur. Deseé vagamente que se formaran algunas nubes, pues una extraña timidez respecto a los profundos vacíos del cielo se había introducido en mi alma.

Por la noche pregunté a los ancianos de Arkham sobre el maldito brezal, y qué significaba esa frase "días extraños" que tantos murmuraban evasivamente. No pude, sin embargo, obtener ninguna respuesta buena, salvo que todo el misterio era mucho más reciente de lo que yo había soñado. No se trataba en absoluto de una vieja leyenda, sino de algo que estaba dentro de la vida de los que hablaban. Había ocurrido en los años ochenta, y una familia había desaparecido o había sido asesinada. Los que hablaban no eran exactos; y como todos me dijeron que no prestara atención a las locas historias del viejo Ammi Pierce, lo busqué a la mañana siguiente, después de oír que vivía solo en la antigua cabaña tambaleante donde los árboles empiezan a ser muy espesos. Era un lugar terriblemente antiguo, y había comenzado a exudar el tenue olor miasmático que se adhiere a las casas que han permanecido

demasiado tiempo. Sólo llamando insistentemente pude despertar al anciano, y cuando se acercó tímidamente a la puerta pude ver que no se alegraba de verme. No estaba tan débil como había esperado, pero sus ojos estaban caídos de una manera curiosa, y su ropa desaliñada y su barba blanca le hacían parecer muy desgastado y lúgubre.

Como no sabía cuál era la mejor manera de lanzarle a sus cuentos, fingí un asunto de negocios; le hablé de mis estudios y le hice vagas preguntas sobre el distrito. Era mucho más brillante y educado de lo que me habían hecho creer, y antes de que me diera cuenta había comprendido tanto del tema como cualquier hombre con el que había hablado en Arkham. No era como otros rústicos que había conocido en las secciones en las que iban a estar los embalses. No hubo protestas por parte de él por los kilómetros de bosques antiguos y tierras de cultivo que iban a ser borrados, aunque quizás las habría habido si su casa no hubiera estado fuera de los límites del futuro lago. Lo único que mostró fue alivio; alivio por la desaparición de los antiguos y oscuros valles por los que había vagado toda su vida. Ahora estaban mejor bajo el agua, mejor bajo el agua desde los días extraños. Y con esta apertura su voz ronca se hundió, mientras su cuerpo se inclinaba hacia adelante y su dedo índice derecho comenzó a señalar de forma temblorosa e impresionante.

Fue entonces cuando escuché la historia, y mientras la voz incoherente seguía raspando y susurrando, me estremecí una y otra vez a pesar del día de verano. A menudo tenía que recordar al orador de sus divagaciones, reconstruir puntos científicos que sólo conocía por una memoria de loro desvanecida de las charlas de los profesores, o salvar las lagunas, donde su sentido de la lógica y la continuidad se rompía. Cuando terminó, no me extrañó que su mente se hubiera roto un poco, o que la gente de Arkham no

hablara mucho del maldito páramo. Me apresuré a regresar antes de la puesta de sol a mi hotel, sin querer que las estrellas salieran por encima de mí a la intemperie; y al día siguiente regresé a Boston para dejar mi puesto. No podía volver a adentrarme en aquel oscuro caos de bosques y laderas antiguas, ni enfrentarme otra vez a aquel brezal gris y maldito en el que el negro pozo bostezaba profundamente junto a los ladrillos y piedras desplomados. El embalse se construirá pronto, y todos esos viejos secretos quedarán a salvo para siempre bajo las brazas acuáticas. Pero ni siquiera entonces creo que me gustaría visitar ese país por la noche, al menos no cuando las siniestras estrellas están apagadas; y nada podría sobornarme para que bebiera el agua de la nueva ciudad de Arkham.

Todo comenzó, dijo el viejo Ammi, con el meteorito. Antes de esa época no había habido leyendas salvajes desde los juicios a las brujas, e incluso entonces estos bosques del oeste no eran temidos ni la mitad que la pequeña isla del Miskatonic donde el diablo celebraba la corte junto a un curioso altar de piedra más antiguo que los indios. Estos bosques no estaban embrujados, y su fantástico crepúsculo nunca fue terrible hasta los días extraños. Entonces había llegado aquella nube blanca del mediodía, aquella cadena de explosiones en el aire, y aquella columna de humo desde el valle, muy lejos en el bosque. Y por la noche todo Arkham había oído hablar de la gran roca que cayó del cielo y se encajó en el suelo junto al pozo de la casa de Nahum Gardner. Aquella era la casa que se había levantado en el lugar donde iba a llegar el maldito páramo: la blanca y recortada casa de Nahum Gardner en medio de sus fértiles jardines y huertos.

Nahum había ido a la ciudad para hablar de la piedra y, de camino, se había pasado por casa de Ammi Pierce. Ammi tenía entonces cuarenta años, y todas las cosas extrañas estaban fijadas muy fuertemente en su mente. Él y su esposa habían ido con los tres

profesores de la Universidad de Miskatonic que se apresuraron a salir a la mañana siguiente para ver al extraño visitante del espacio estelar desconocido, y se habían preguntado por qué Nahum lo había llamado tan grande el día anterior. Se había encogido, dijo Nahum mientras señalaba el gran montículo parduzco sobre la tierra desgarrada y la hierba carbonizada cerca del arcaico pozo de su patio delantero; pero los sabios respondieron que las piedras no se encogen. Su calor persistía, y Nahum declaró que había brillado débilmente por la noche. Los profesores la probaron con un martillo de geólogo y comprobaron que era extrañamente blanda. En realidad, era tan blanda que casi era de plástico; y cortaron, en lugar de astillar, una muestra para llevarla a la universidad y probarla. Lo llevaron en un viejo cubo prestado de la cocina de Nahum, pues incluso el pequeño trozo se negaba a enfriarse. En el viaje de vuelta se detuvieron en casa de Ammi para descansar, y parecieron pensativos cuando la señora Pierce comentó que el fragmento se hacía más pequeño y quemaba el fondo del cubo. En verdad, no era grande, pero tal vez habían tomado menos de lo que pensaban.

Al día siguiente -todo esto fue en junio del 82-, los profesores volvieron a salir en tromba. Al pasar por casa de Ammi, le contaron las extrañas cosas que había hecho el espécimen y cómo se había desvanecido por completo cuando lo pusieron en un vaso de cristal. El vaso también había desaparecido, y los sabios hablaron de la afinidad de la extraña piedra con el silicio. Había actuado de forma increíble en aquel ordenado laboratorio; no hacía nada en absoluto y no mostraba gases ocluidos cuando se calentaba en el carbón, era totalmente negativa en la perla de bórax, y pronto demostró ser absolutamente no volátil a cualquier temperatura producible, incluida la del soplete de oxihidrógeno. En un yunque parecía muy maleable, y en la oscuridad su luminosidad era muy marcada. Como se negaba obstinadamente a enfriarse, pronto tuvo al colegio en un estado de verdadera excitación; y cuando al calentarlo ante el espectroscopio mostró bandas brillantes que no se parecían a ningún color conocido del espectro normal, se habló mucho de

nuevos elementos, propiedades ópticas extrañas y otras cosas que los hombres de ciencia desconcertados suelen decir cuando se enfrentan a lo desconocido.

Caliente como estaba, lo probaron en un crisol con todos los reactivos adecuados. El agua no hizo nada. El ácido clorhídrico hizo lo mismo. El ácido nítrico e incluso el agua regia se limitaron a silbar y salpicar contra su tórrida invulnerabilidad. A Ammi le costaba recordar todas estas cosas, pero reconoció algunos disolventes a medida que los mencionaba en el orden habitual de uso. Había amoníaco y sosa cáustica, alcohol y éter, disulfuro de carbono nauseabundo y una docena más; pero aunque el peso disminuía constantemente a medida que pasaba el tiempo, y el fragmento parecía enfriarse ligeramente, no había ningún cambio en los disolventes que demostrara que habían atacado la sustancia en absoluto. Sin embargo, se trataba de un metal, sin lugar a dudas. Era magnético, por un lado, y después de su inmersión en los disolventes ácidos parecía haber débiles rastros de las figuras de Widmännstätten que se encuentran en el hierro meteórico. Cuando el enfriamiento fue muy considerable, las pruebas se llevaron a cabo en vidrio; y fue en un vaso de precipitados de vidrio donde dejaron todas las virutas hechas del fragmento original durante el trabajo. A la mañana siguiente, tanto las virutas como el vaso habían desaparecido sin dejar rastro, y sólo una mancha carbonizada marcaba el lugar de la estantería de madera donde habían estado.

Todo esto se lo contaron los profesores a Ammi cuando se detuvieron en su puerta, y una vez más fue con ellos a ver al pétreo mensajero de las estrellas, aunque esta vez su mujer no le acompañó. Ahora sí que se había encogido, e incluso los sobrios profesores no podían dudar de la veracidad de lo que veían. Alrededor del bulto marrón que se estaba reduciendo, cerca del pozo, había un espacio vacío, excepto donde la tierra se había hundido; y mientras que el día anterior había tenido unos siete pies

de ancho, ahora apenas tenía cinco. Todavía estaba caliente, y los sabios estudiaron su superficie con curiosidad mientras desprendían otro trozo más grande con el martillo y el cincel. Esta vez hurgaron profundamente y, al arrancar la masa más pequeña, vieron que el núcleo de la cosa no era del todo homogéneo.

Habían descubierto lo que parecía ser el lado de un gran glóbulo de color incrustado en la sustancia. El color, que se asemejaba a algunas de las bandas del extraño espectro del meteorito, era casi imposible de describir, y sólo por analogía lo llamaron color. Su textura era brillante, y al golpearla parecía prometer tanto fragilidad como oquedad. Uno de los profesores le dio un fuerte golpe con un martillo y estalló con un pequeño y nervioso estallido. No se emitió nada, y todo rastro de la cosa desapareció con el pinchazo. Dejó un espacio esférico hueco de unos cinco centímetros de diámetro, y todos pensaron que era probable que se descubrieran otros a medida que la sustancia envolvente se consumiera.

Las conjeturas fueron vanas, así que después de un intento inútil de encontrar más glóbulos mediante la perforación, los buscadores se fueron de nuevo con su nuevo espécimen, que resultó, sin embargo, tan desconcertante en el laboratorio como su predecesor. Aparte de ser casi plástico, de tener calor, magnetismo y una ligera luminosidad, de enfriarse ligeramente en ácidos potentes, de poseer un espectro desconocido, de consumirse en el aire y de atacar a los compuestos de silicio con una destrucción mutua como resultado, no presentaba ningún rasgo identificativo, y al final de las pruebas los científicos de la universidad se vieron obligados a admitir que no podían situarlo. No era nada de esta tierra, sino un trozo del gran exterior; y como tal, dotado de propiedades exteriores y obediente a leyes exteriores.

Aquella noche hubo una tormenta, y cuando los profesores fueron a casa de Nahum al día siguiente se encontraron con una amarga decepción. La piedra, por muy magnética que fuera, debía de tener alguna propiedad eléctrica peculiar, pues había "atraído el rayo", como dijo Nahum, con una persistencia singular. Seis veces en una hora, el granjero vio cómo el rayo caía en el surco del patio delantero, y cuando terminó la tormenta no quedaba más que un pozo desvencijado junto a la antigua barredora de pozos, medio lleno de tierra hundida. Las excavaciones no habían dado ningún fruto, y los científicos comprobaron el hecho de la desaparición total. El fracaso era total; así que no quedaba más remedio que volver al laboratorio y probar de nuevo el fragmento desaparecido que se había dejado cuidadosamente revestido de plomo. Ese fragmento duró una semana, al final de la cual no se supo nada de valor. Cuando desapareció, no quedó ningún residuo, y con el tiempo los profesores apenas se sintieron seguros de haber visto con ojos despiertos aquel críptico vestigio de los insondables abismos del exterior; aquel solitario y extraño mensaje de otros universos y otros reinos de la materia, la fuerza y la entidad.

Como era natural, los periódicos de Arkham dieron mucha importancia al incidente con su patrocinio colegial, y enviaron reporteros a hablar con Nahum Gardner y su familia. Al menos un diario de Boston también envió un escribiente, y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era una persona delgada y genial de unos cincuenta años, que vivía con su mujer y sus tres hijos en la agradable granja del valle. Ammi y él se visitaban con frecuencia, al igual que sus esposas; y Ammi no tenía más que elogios para él después de todos estos años. Parecía un poco orgulloso de la notoriedad que había atraído su lugar, y habló a menudo del meteorito en las semanas siguientes. Los meses de julio y agosto fueron calurosos, y Nahum trabajó duro en su henificación en los pastos de diez acres al otro lado del arroyo Chapman; su traqueteante carreta trazaba profundos surcos en los

sombríos senderos entre ellos. El trabajo le cansaba más que otros años, y sentía que la edad empezaba a pasarle factura.

Entonces llegó la época de la fruta y la cosecha. Las peras y las manzanas maduraron poco a poco, y Nahum comprobó que sus huertos prosperaban como nunca antes. La fruta crecía hasta alcanzar un tamaño fenomenal y un brillo inusitado, y en tal abundancia que se encargaron barriles adicionales para la futura cosecha. Pero la maduración trajo consigo una gran decepción, ya que de todo aquel magnífico conjunto de especiosas exquisiteces, ni una sola pizca era apta para el consumo. En el buen sabor de las peras y las manzanas se había introducido una sigilosa amargura y asco, de modo que hasta el más pequeño de los bocados provocaba un asco duradero. Lo mismo ocurría con los melones y los tomates, y Nahum vio con tristeza que toda su cosecha se había perdido. Rápido en relacionar los acontecimientos, declaró que el meteorito había envenenado el suelo, y dio gracias al cielo porque la mayoría de los otros cultivos estaban en el terreno de la parte alta del camino.

El invierno llegó pronto y fue muy frío. Ammi vio a Nahum con menos frecuencia de lo habitual y observó que había empezado a tener un aspecto preocupado. El resto de su familia también parecía haberse vuelto taciturna, y distaba mucho de ir a la iglesia o de asistir a los diversos actos sociales del campo. No se pudo encontrar ninguna causa para esta reserva o melancolía, aunque todos los miembros de la familia confesaban de vez en cuando que su salud era peor y que tenían un sentimiento de vaga inquietud. El propio Nahum fue el que dio la declaración más concreta de todos cuando dijo que le inquietaban ciertas huellas en la nieve. Eran las huellas invernales habituales de las ardillas rojas, los conejos blancos y los zorros, pero el melancólico granjero decía ver algo que no era del todo correcto en su naturaleza y disposición. Nunca fue

específico, pero parecía pensar que no eran tan características de la anatomía y los hábitos de las ardillas, los conejos y los zorros como deberían ser. Ammi escuchó sin interés esta charla hasta una noche en la que pasó por delante de la casa de Nahum en su trineo cuando volvía de Clark's Corners. Había habido una luna, y un conejo había cruzado la carretera; y los saltos de aquel conejo eran más largos de lo que le gustaba a Ammi o a su caballo. Este último, de hecho, casi se había escapado cuando se le subió la rienda con firmeza. A partir de entonces, Ammi respetó más los cuentos de Nahum y se preguntó por qué los perros de Gardner parecían tan acobardados y temblorosos cada mañana. Se vio que casi habían perdido el espíritu de ladrar.

En febrero, los chicos de McGregor de Meadow Hill salieron a cazar marmotas, y no muy lejos de la casa de Gardner, cazaron un espécimen muy peculiar. Las proporciones de su cuerpo parecían ligeramente alteradas de una manera extraña imposible de describir, mientras que su cara había adoptado una expresión que nadie había visto nunca en una marmota. Los chicos se asustaron de verdad y la tiraron enseguida, de modo que sólo sus grotescas historias llegaron a la gente del campo. Pero el miedo de los caballos cerca de la casa de Nahum se había convertido en algo reconocido, y toda la base de un ciclo de leyendas susurradas estaba tomando forma rápidamente.

La gente juraba que la nieve se derretía más rápido en los alrededores de Nahum que en cualquier otro lugar, y a principios de marzo se produjo una asombrada discusión en el almacén general de Potter en Clark's Corners. Stephen Rice había pasado por Gardner's por la mañana y se había fijado en las coles de zorrillo que salían del barro junto al bosque al otro lado de la carretera. Nunca se habían visto cosas de semejante tamaño, y tenían unos colores extraños que no podían expresarse con palabras. Sus formas eran monstruosas, y el caballo había resoplado ante un olor

que a Stephen le pareció totalmente inédito. Aquella tarde pasaron varias personas para ver el crecimiento anormal, y todos estuvieron de acuerdo en que ese tipo de plantas no deberían brotar nunca en un mundo sano. Se mencionó libremente el mal fruto del otoño anterior, y corrió de boca en boca que había veneno en el suelo de Nahum. Por supuesto que se trataba del meteorito; y recordando lo extraña que les había parecido aquella piedra a los hombres del colegio, varios campesinos les hablaron del asunto.

Un día hicieron una visita a Nahum; pero al no ser amantes de los cuentos salvajes y el folclore, fueron muy conservadores en lo que dedujeron. Las plantas eran ciertamente extrañas, pero todos los sacos de zorrillo son más o menos extraños en forma y tono. Tal vez algún elemento mineral de la piedra había entrado en el suelo, pero pronto sería arrastrado. Y en cuanto a las huellas y a los caballos asustados, por supuesto que se trataba de meras habladurías campestres que un fenómeno como el aerolito seguramente iniciaría. No hay nada que los hombres serios puedan hacer en casos de chismes salvajes, ya que los rústicos supersticiosos dicen y creen cualquier cosa. Y así, a lo largo de los extraños días, los profesores se mantuvieron alejados con desprecio. Sólo uno de ellos, cuando se le entregaron dos frascos de polvo para su análisis en un trabajo policial más de un año y medio después, recordó que el extraño color de aquella col de zorrillo había sido muy parecido a una de las bandas anómalas de luz mostradas por el fragmento de meteorito en el espectroscopio de la universidad, y como el frágil glóbulo encontrado incrustado en la piedra del abismo. Las muestras de este caso de análisis dieron las mismas bandas extrañas al principio, aunque después perdieron la propiedad.

Los árboles brotaron prematuramente alrededor de la casa de Nahum, y por la noche se balanceaban ominosamente con el viento. El segundo hijo de Nahum, Tadeo, un muchacho de quince años, juró que también se balanceaban cuando no había viento; pero ni

siquiera los chismosos quisieron dar crédito a esto. Sin embargo, lo cierto es que la inquietud estaba en el aire. Toda la familia Gardner adquirió el hábito de escuchar sigilosamente, aunque no por ningún sonido que pudieran nombrar conscientemente. La escucha era, de hecho, más bien un producto de los momentos en los que la conciencia parecía medio desaparecer. Desgraciadamente, esos momentos aumentaban semana tras semana, hasta que se convirtió en discurso común que "algo andaba mal con toda la gente de Nahum". Cuando la saxífraga temprana salió, tenía otro color extraño; no exactamente como el de la col de la mofeta, pero claramente relacionado e igualmente desconocido para cualquiera que lo viera. Nahum llevó algunas flores a Arkham y se las mostró al director de la Gaceta, pero este dignatario no hizo más que escribir un artículo humorístico sobre ellas, en el que se ridiculizaban educadamente los oscuros temores de los rústicos. Fue un error de Nahum contarle a un hombre de ciudad la forma en que se comportaban las grandes mariposas de luto en relación con estos saxífragos.

El mes de abril trajo una especie de locura a la gente del campo, y comenzó el desuso de la carretera más allá de Nahum que condujo a su abandono definitivo. Lo siguiente fue la vegetación. Todos los árboles del huerto florecieron con extraños colores, y a través del suelo pedregoso del patio y de los pastos adyacentes surgió un extraño crecimiento que sólo un botánico podría relacionar con la flora propia de la región. No se veían colores sanos en ninguna parte, excepto en la hierba verde y la hojarasca; pero en todas partes había esas variantes agitadas y prismáticas de algún tono primario subyacente y enfermo que no tiene cabida entre los tintes conocidos de la tierra. Los "calzones de holandés" se convirtieron en una cosa de siniestra amenaza, y las raíces de la sangre se volvieron insolentes en su perversión cromática. Ammi y los Gardner pensaron que la mayoría de los colores tenían una especie de familiaridad inquietante, y decidieron que recordaban al frágil glóbulo del meteorito. Nahum aró y sembró los pastos de diez acres y el

terreno de las tierras altas, pero no hizo nada con la tierra alrededor de la casa. Sabía que no serviría de nada y esperaba que los extraños crecimientos del verano sacaran todo el veneno del suelo. Ahora estaba preparado para casi todo, y se había acostumbrado a la sensación de que algo cercano esperaba ser escuchado. El rechazo de su casa por parte de los vecinos le afectaba a él, por supuesto, pero más a su mujer. Los niños estaban mejor, ya que iban a la escuela todos los días; pero no podían evitar asustarse por los chismes. Tadeo, un joven especialmente sensible, era el que más sufría.

En mayo llegaron los insectos, y la casa de Nahum se convirtió en una pesadilla de zumbidos y reptantes. La mayoría de las criaturas no parecían habituales en sus aspectos y movimientos, y sus hábitos nocturnos contradecían toda la experiencia anterior. Los Gardner empezaron a vigilar por la noche, en todas las direcciones y al azar, en busca de algo que no sabían qué era. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que Thaddeus había tenido razón sobre los árboles. La señora Gardner fue la siguiente en verlo desde la ventana, mientras observaba las ramas hinchadas de un arce contra un cielo iluminado por la luna. Las ramas seguramente se movían, y no había viento. Debe ser la savia. La extrañeza había llegado a todo lo que crecía ahora. Sin embargo, ninguno de los miembros de la familia de Nahum hizo el siguiente descubrimiento. La familiaridad los había embotado, y lo que no podían ver lo vislumbró un tímido vendedor de molinos de Bolton que pasó una noche por allí ignorando las leyendas del país. Lo que contó en Arkham recibió un breve párrafo en la Gaceta; y fue allí donde todos los campesinos, incluido Nahum, lo vieron por primera vez. La noche había sido oscura y las lámparas de las calesas débiles, pero alrededor de una granja del valle que todos sabían por el relato que debía ser la de Nahum, la oscuridad había sido menos densa. Una luminosidad tenue, aunque clara, parecía estar presente en toda la vegetación, tanto en la hierba como en las hojas y las flores,

mientras que en un momento dado un trozo de fosforescencia parecía moverse furtivamente en el patio, cerca del granero.

La hierba parecía hasta ahora intacta, y las vacas pastaban libremente en el solar cercano a la casa, pero hacia finales de mayo la leche empezó a ser mala. Entonces Nahum mandó llevar las vacas a las tierras altas, tras lo cual cesaron los problemas. Poco después, el cambio de la hierba y de las hojas se hizo evidente a los ojos. Todo el verdor se volvía gris y desarrollaba una cualidad muy singular de fragilidad. Ammi era ahora la única persona que visitaba el lugar, y sus visitas eran cada vez más escasas. Cuando la escuela cerraba, los Gardner estaban prácticamente aislados del mundo, y a veces dejaban que Ammi hiciera sus recados en la ciudad. Estaban fallando curiosamente tanto física como mentalmente, y nadie se sorprendió cuando la noticia de la locura de la Sra. Gardner se dio a conocer.

Ocurrió en junio, cerca del aniversario de la caída del meteorito, y la pobre mujer gritaba sobre cosas en el aire que no podía describir. En su desvarío no había ni un solo sustantivo concreto, sino sólo verbos y pronombres. Las cosas se movían y cambiaban y revoloteaban, y los oídos cosquilleaban ante impulsos que no eran del todo sonidos. Algo le era arrebatado, algo le estaba siendo drenado, algo se le estaba pegando que no debía serlo, alguien debía hacer que se alejara, nada estaba quieto en la noche, las paredes y las ventanas se movían. Nahum no la envió al asilo del condado, sino que la dejó vagar por la casa mientras fuera inofensiva para ella y para los demás. Incluso cuando su expresión cambiaba, no hacía nada. Pero cuando los chicos empezaron a tenerle miedo y Tadeo estuvo a punto de desmayarse por la forma en que le hacía muecas, decidió mantenerla encerrada en el ático. En julio había dejado de hablar y se arrastraba a cuatro patas, y antes de que terminara ese mes Nahum tuvo la loca idea de que ella

era ligeramente luminosa en la oscuridad, como ahora veía claramente que ocurría con la vegetación cercana.

Fue un poco antes de esto que los caballos habían salido en estampida. Algo los había despertado en la noche, y sus relinchos y pataleos en los establos habían sido terribles. Prácticamente no había nada que hacer para calmarlos, y cuando Nahum abrió la puerta del establo todos salieron corriendo como ciervos asustados del bosque. Se tardó una semana en localizar a los cuatro, y cuando se les encontró se les vio bastante inútiles e ingobernables. Algo se había roto en sus cerebros, y hubo que disparar a cada uno por su propio bien. Nahum tomó prestado un caballo de Ammi para su hienificación, pero descubrió que no se acercaba al establo. El caballo se agitó, se resistió y relinchó, y al final no pudo hacer otra cosa que llevarlo al patio mientras los hombres usaban su propia fuerza para acercar el pesado carro al pajar para poder lanzarlo. Y todo el tiempo la vegetación se volvía gris y quebradiza. Incluso las flores, cuyas tonalidades habían sido tan extrañas, se volvían grises, y los frutos salían grises, enanos e insípidos. Los ásteres y la vara de oro florecían grises y distorsionados, y las rosas, las zinneas y las malvarrosas del patio delantero tenían un aspecto tan blasfemo que Zenas, el hijo mayor de Nahum, las cortó. Los insectos extrañamente hinchados murieron por aquella época, incluso las abejas que habían abandonado sus colmenas y se habían ido al bosque.

En septiembre toda la vegetación se desmoronaba rápidamente hasta convertirse en un polvo grisáceo, y Nahum temía que los árboles murieran antes de que el veneno saliera del suelo. Su mujer tenía ahora ataques de gritos terribles, y él y los niños estaban en un estado constante de tensión nerviosa. Ahora rehuían a la gente, y cuando se abría la escuela los chicos no iban. Pero fue Ammi, en una de sus escasas visitas, quien primero se dio cuenta de que el agua del pozo ya no era buena. Tenía un mal sabor que no era

exactamente fétido ni exactamente salado, y Ammi aconsejó a su amigo que cavara otro pozo en un terreno más alto para utilizarlo hasta que la tierra volviera a ser buena. Nahum, sin embargo, no hizo caso de la advertencia, pues para entonces se había vuelto insensible a las cosas extrañas y desagradables. Él y los muchachos siguieron utilizando el suministro contaminado, bebiéndolo tan desganada y mecánicamente como comían sus escasas y mal cocinadas comidas y hacían sus ingratas y monótonas tareas durante los días sin rumbo. Había algo de resignación impasible en todos ellos, como si caminaran medio en otro mundo entre líneas de guardias sin nombre hacia un destino seguro y familiar.

Tadeo enloqueció en septiembre tras una visita al pozo. Había ido con un cubo y había vuelto con las manos vacías, chillando y agitando los brazos, y a veces soltando una risita inane o un susurro sobre "los colores que se mueven ahí abajo". Dos en una familia era bastante malo, pero Nahum era muy valiente al respecto. Dejó que el niño anduviera por ahí durante una semana hasta que empezó a tropezar y a hacerse daño, y entonces lo encerró en una habitación del ático, al otro lado del pasillo de la casa de su madre. La forma en que se gritaban desde sus puertas cerradas era terrible, especialmente para el pequeño Merwin, que creía que hablaban en un idioma terrible que no era el de la tierra. Merwin se estaba volviendo terriblemente imaginativo, y su inquietud se agravaba tras el encierro del hermano que había sido su mejor compañero de juegos.

Casi al mismo tiempo comenzó la mortandad entre el ganado. Las aves de corral se volvieron grisáceas y murieron muy rápidamente, encontrándose su carne seca y ruidosa al cortarla. Los cerdos engordaron desmesuradamente y, de repente, empezaron a sufrir cambios repugnantes que nadie podía explicar. Su carne era, por supuesto, inútil, y Nahum no sabía qué hacer. Ningún veterinario

rural se acercaba a su casa, y el veterinario de la ciudad de Arkham estaba abiertamente desconcertado. Los cerdos empezaron a volverse grises y quebradizos y a caerse a pedazos antes de morir, y sus ojos y hocicos desarrollaron singulares alteraciones. Era muy inexplicable, pues nunca se habían alimentado de la vegetación contaminada. Entonces, algo les sorprendió a las vacas. Algunas zonas, o a veces todo el cuerpo, se marchitaban o comprimían de forma extraña, y eran frecuentes los colapsos o desintegraciones atroces. En las últimas etapas -y la muerte era siempre el resultado- se producía un engrosamiento y una fragilidad similar a la que afectaba a los cerdos. No se podía hablar de veneno, ya que todos los casos ocurrían en un establo cerrado y sin interrupciones. Ninguna mordedura de los merodeadores podría haber traído el virus, pues ¿qué bestia viva de la tierra puede atravesar obstáculos sólidos? Debía tratarse de una enfermedad natural, pero no se podía imaginar qué enfermedad podía provocar tales resultados. Cuando llegó la cosecha, no había ningún animal que sobreviviera en el lugar, pues el ganado y las aves de corral estaban muertos y los perros habían huido. Estos perros, que eran tres, desaparecieron una noche y nunca más se supo de ellos. Los cinco gatos se habían marchado algún tiempo antes, pero apenas se notó su marcha, ya que ahora parecía no haber ratones, y sólo la señora Gardner había hecho de los graciosos felinos sus mascotas.

El diecinueve de octubre Nahum entró tambaleándose en la casa de Ammi con una noticia horrible. La muerte le había llegado al pobre Tadeo en su habitación del ático, y había llegado de una manera que no se podía contar. Nahum había cavado una tumba en la parcela familiar enrejada, detrás de la granja, y había puesto en ella lo que encontró. No podía haber nada del exterior, pues la pequeña ventana enrejada y la puerta cerrada con llave estaban intactas; pero era muy parecido a lo que había ocurrido en el granero. Ammi y su esposa consolaron al hombre afectado lo mejor que pudieron, pero se estremecieron al hacerlo. El terror parecía rodear a los

Gardner y todo lo que tocaban, y la sola presencia de uno en la casa era un soplo de regiones innominadas e innombrables. Ammi acompañó a Nahum a su casa con la mayor de las reticencias, e hizo lo que pudo para calmar los sollozos histéricos del pequeño Merwin. Zenas no necesitaba calmarse. Últimamente no hacía más que mirar al espacio y obedecer lo que su padre le decía; y Ammi pensó que su destino era muy misericordioso. De vez en cuando los gritos de Merwin eran respondidos débilmente desde el ático, y en respuesta a una mirada inquisitiva Nahum dijo que su esposa se estaba debilitando mucho. Cuando se acercó la noche, Ammi consiguió alejarse; pues ni siquiera la amistad podía hacerle permanecer en aquel lugar cuando comenzaba el tenue resplandor de la vegetación y los árboles podían o no mecerse sin viento. Fue una verdadera suerte para Ammi que no fuera más imaginativo. Tal y como estaban las cosas, su mente se inclinaba ligeramente; pero si hubiera podido conectar y reflexionar sobre todos los presagios que le rodeaban, inevitablemente se habría convertido en un maníaco total. En el crepúsculo se apresuró a volver a casa, con los gritos de la mujer loca y del niño nervioso resonando horriblemente en sus oídos.

Tres días más tarde, Nahum irrumpió en la cocina de Ammi de madrugada y, en ausencia de su anfitrión, volvió a balbucear una historia desesperada, mientras la señora Pierce escuchaba con un miedo atroz. Esta vez se trataba del pequeño Merwin. Se había ido. Había salido a altas horas de la noche con una linterna y un cubo de agua, y nunca había vuelto. Llevaba días desquiciado y apenas sabía lo que hacía. Gritaba a todo. En ese momento se oyó un grito frenético desde el patio, pero antes de que el padre pudiera llegar a la puerta el chico había desaparecido. No había brillo de la linterna que había cogido, y del propio niño no había ni rastro. En ese momento Nahum pensó que la linterna y el cubo también habían desaparecido, pero cuando amaneció y el hombre regresó de su búsqueda nocturna por los bosques y los campos, encontró algunas cosas muy curiosas cerca del pozo. Había una masa de hierro

aplastada y aparentemente algo fundida que sin duda había sido la linterna; mientras que un cubo doblado y unos aros de hierro retorcidos al lado, ambos medio fundidos, parecían indicar los restos del cubo. Eso era todo. Nahum ya no imaginaba, la señora Pierce estaba en blanco, y Ammi, cuando llegó a casa y escuchó el relato, no pudo dar ninguna conjetura. Merwin se había ido y no serviría de nada contárselo a la gente de alrededor, que ahora rehuía a todos los Gardner. Tampoco serviría de nada contárselo a la gente de la ciudad de Arkham, que se reía de todo. Thad se había ido, y ahora Merwin se había ido. Algo se arrastraba y esperaba ser visto y oído. Nahum se iría pronto, y quería que Ammi cuidara de su mujer y de Zenas si le sobrevivían. Todo debía ser un juicio de algún tipo; aunque no podía imaginar de qué, ya que siempre había caminado rectamente por los caminos del Señor, por lo que él sabía.

Durante más de dos semanas Ammi no vio nada de Nahum; y entonces, preocupado por lo que pudiera haber ocurrido, superó sus temores y visitó el lugar de Gardner. No salía humo de la gran chimenea, y por un momento el visitante temió lo peor. El aspecto de toda la granja era espeluznante: hierba grisácea y marchita y hojas en el suelo, enredaderas que caían en frágiles escombros desde los arcaicos muros y frontones, y grandes árboles desnudos que arañaban el cielo gris de noviembre con una estudiada malevolencia que Ammi no pudo evitar sentir que procedía de algún sutil cambio en la inclinación de las ramas. Pero Nahum estaba vivo, después de todo. Estaba débil y tumbado en un sofá de la cocina de techo bajo, pero perfectamente consciente y capaz de dar órdenes sencillas a Zenas. La habitación estaba mortalmente fría y, mientras Ammi temblaba visiblemente, el anfitrión gritó en voz alta a Zenas que pidiera más leña. La leña, en efecto, era muy necesaria, ya que la cavernosa chimenea estaba apagada y vacía, con una nube de hollín que soplaba en el frío viento que bajaba por la chimenea. En ese momento, Nahum le preguntó si la leña extra le había hecho sentir más cómodo, y entonces Ammi vio lo que había sucedido. La

cuerda más resistente se había roto al fin, y la mente del desventurado granjero estaba a prueba de más penas.

Preguntando con tacto, Ammi no pudo obtener ningún dato claro sobre el desaparecido Zenas. "En el pozo, vive en el pozo", fue todo lo que dijo el nublado padre. Entonces pasó por la mente del visitante un repentino pensamiento sobre la esposa loca, y cambió su línea de investigación. "¿Nabby? Pues aquí está", fue la sorprendida respuesta del pobre Nahum, y Ammi no tardó en darse cuenta de que debía buscarse a sí mismo. Dejando a la inofensiva parlanchina en el sofá, cogió las llaves de su clavo junto a la puerta y subió las chirriantes escaleras hasta el ático. Estaba muy cerca y era muy ruidoso allí arriba, y no se oía ningún sonido desde ninguna dirección. De las cuatro puertas a la vista, sólo una estaba cerrada, y en ella probó varias llaves en el anillo que había cogido. La tercera llave resultó ser la correcta, y después de tantear un poco, Ammi abrió la puerta blanca y baja.

El interior estaba bastante oscuro, ya que la ventana era pequeña y estaba medio oculta por los toscos barrotes de madera, y Ammi no podía ver nada en el amplio suelo de tablas. El hedor era insoportable, y antes de seguir adelante tuvo que retirarse a otra habitación y volver con los pulmones llenos de aire respirable. Cuando entró vio algo oscuro en un rincón, y al verlo con más claridad gritó con fuerza. Mientras gritaba le pareció que una nube momentánea eclipsaba la ventana, y un segundo después se sintió rozado como por una odiosa corriente de vapor. Extraños colores danzaron ante sus ojos; y si un horror presente no lo hubiera adormecido, habría pensado en el glóbulo del meteorito que el martillo del geólogo había destrozado, y en la mórbida vegetación que había brotado en la primavera. Sin embargo, sólo pensó en la monstruosidad blasfema que tenía ante sí, y que con toda claridad había compartido el destino sin nombre del joven Tadeo y del

ganado. Pero lo terrible del horror era que se movía muy lenta y perceptiblemente mientras seguía desmoronándose.

Ammi no me dio más detalles de esta escena, pero la forma de las esquinas no vuelve a aparecer en su relato como un objeto en movimiento. Hay cosas que no se pueden mencionar, y lo que se hace en la humanidad común a veces es juzgado cruelmente por la ley. Yo deduje que no se dejó ningún objeto móvil en aquella habitación del ático, y que dejar allí cualquier cosa capaz de moverse habría sido un acto tan monstruoso como para condenar a cualquier ser responsable a un tormento eterno. Cualquiera que no fuera un granjero estirado se habría desmayado o se habría vuelto loco, pero Ammi atravesó consciente aquella puerta baja y cerró el maldito secreto tras de sí. Ahora había que ocuparse de Nahum; había que alimentarlo y cuidarlo, y llevarlo a algún lugar donde pudieran atenderlo.

Al comenzar a bajar las oscuras escaleras, Ammi oyó un ruido sordo debajo de él. Llegó a pensar que un grito se había ahogado de repente, y recordó con nerviosismo el vapor húmedo que le había rozado en aquella espantosa habitación de arriba. ¿Qué presencia había provocado su grito y su entrada? Detenido por un vago temor, escuchó aún más sonidos abajo. Indudablemente había una especie de pesado arrastre, y un ruido muy detestablemente pegajoso como el de alguna especie diabólica e inmundada de succión. Con un sentido asociativo llevado a niveles febriles, pensó inexplicablemente en lo que había visto arriba. ¡Dios mío! ¿En qué mundo onírico y extraño se había metido? No se atrevió a avanzar ni a retroceder, sino que se quedó temblando ante la negra curva de la escalera encajonada. Cada detalle de la escena se grabó a fuego en su cerebro. Los sonidos, la sensación de espantosa expectación, la oscuridad, la inclinación de los estrechos peldaños y, por Dios, la

débil pero inconfundible luminosidad de toda la carpintería a la vista: peldaños, laterales, listones expuestos y vigas por igual.

Entonces estalló un relincho frenético del caballo de Ammi en el exterior, seguido de un estruendo que indicaba una huida frenética. En otro momento, el caballo y la calesa se alejaron del alcance del oído, dejando al asustado hombre en la oscura escalera para que adivinara qué los había enviado. Pero eso no era todo. Había habido otro sonido ahí fuera. Una especie de salpicadura de líquido-agua debía ser el pozo. Había dejado a Hero desatado cerca de él, y una rueda de calesa debió de rozar el brocal y golpear una piedra. Y todavía la pálida fosforescencia brillaba en aquella carpintería detestablemente antigua. Dios, qué vieja era la casa. La mayor parte había sido construida antes de 1700.

Ahora se oía claramente un débil rasguño en el suelo de la planta baja, y Ammi apretó con fuerza un pesado palo que había recogido en el desván con algún propósito. Lentamente, se puso nervioso, terminó de bajar y se dirigió con valentía hacia la cocina. Pero no completó el paseo, porque lo que buscaba ya no estaba allí. Había salido a su encuentro y, en cierto modo, seguía vivo. Si se había arrastrado o si había sido arrastrado por alguna fuerza externa, Ammi no podía decirlo; pero la muerte había estado en él. Todo había ocurrido en la última media hora, pero el colapso, el encanecimiento y la desintegración estaban ya muy avanzados. Había una horrible fragilidad, y se desprendían fragmentos secos. Ammi no pudo tocarlo, pero miró con horror la parodia distorsionada que había sido un rostro. "¿Qué era, Nahum, qué era?" Susurró, y los labios hendidos y abultados apenas pudieron emitir una respuesta final.

"Nada... nada... el color... arde... frío y húmedo, pero arde... vivía en el pozo... Lo he visto... una especie de humo... como las flores de la

primavera pasada... el pozo brillaba por la noche... Thad, Merwin y Zenas. ...todo vivo... succionando la vida de todo... en esa piedra... debe venir en esa piedra... pizca todo el lugar... no sabe lo que quiere... esa cosa redonda que los hombres de la universidad sacaron de la piedra... la rompieron... era del mismo color... igual que las flores y las plantas... deben haber sido más... semillas... semillas... crecieron... Lo he visto por primera vez esta semana... debe haberse hecho fuerte en Zenas... ...él era un chico grande, lleno de vida... golpea tu mente y luego te quema... en el agua del pozo... tenías razón en eso... agua mala... Zenas nunca vuelve del pozo... no puede alejarse... os atrae... sabéis que se avecina algo, pero no sirve de nada... He visto una y otra vez que se llevaron a Zenas... ¿dónde está Nabby, Ammi? ...mi cabeza no está bien... no sé cuánto tiempo hace que le di de comer... le pasará si no estamos atentos... sólo un color... su cara está tomando ese color a veces hacia la noche... y arde y apesta... viene de algún lugar donde las cosas no son como aquí... ...uno de los profesores lo dijo... tenía razón... cuidado, Ammi, hará algo más... chupa la vida... "

Pero eso fue todo. Lo que hablaba no podía hablar más porque se había derrumbado por completo. Ammi puso un mantel de cuadros rojos sobre lo que quedaba y salió por la puerta trasera hacia el campo. Subió la pendiente hasta el pasto de diez acres y volvió a casa a trompicones por el camino del norte y el bosque. No podía pasar por aquel pozo del que habían huido sus caballos. Lo había mirado por la ventana y había visto que no faltaba ninguna piedra en el borde. Entonces, la calesa que se tambaleaba no había desalojado nada después de todo; el chapoteo había sido algo más, algo que entró en el pozo después de haber hecho con el pobre Nahum.....

Cuando Ammi llegó a su casa, los caballos y la calesa habían llegado antes que él y habían provocado un ataque de ansiedad a su mujer. Tranquilizandola sin explicaciones, partió de inmediato

hacia Arkham y notificó a las autoridades que la familia Gardner ya no existía. No se permitió dar detalles, sino que se limitó a contar la muerte de Nahum y Nabby, ya conocida la de Thaddeus, y mencionó que la causa parecía ser la misma extraña dolencia que había matado al ganado. También dijo que Merwin y Zenas habían desaparecido. Hubo un considerable interrogatorio en la comisaría, y al final Ammi se vio obligado a llevar a tres oficiales a la granja Gardner, junto con el forense, el médico forense y el veterinario que había tratado a los animales enfermos. Fue muy en contra de su voluntad, pues la tarde avanzaba y temía la caída de la noche sobre aquel lugar maldito, pero fue un cierto consuelo tener a tanta gente con él.

Los seis hombres salieron en un carro demócrata, siguiendo la calesa de Ammi, y llegaron a la granja plagada de plagas hacia las cuatro. Acostumbrados como estaban los oficiales a las experiencias truculentas, ninguno permaneció impasible ante lo que se encontró en el desván y bajo el mantel de cuadros rojos en el piso de abajo. Todo el aspecto de la granja, con su gris desolación, era ya bastante terrible, pero aquellos dos objetos desmoronados superaban todos los límites. Nadie podía mirarlos mucho tiempo, e incluso el médico forense admitía que había muy poco que examinar. Las muestras podían ser analizadas, por supuesto, así que se ocupó de obtenerlas, y aquí se desarrolla una secuela muy desconcertante en el laboratorio de la universidad donde finalmente se tomaron las dos ampollas de polvo. Bajo el espectroscopio, ambas muestras emitían un espectro desconocido, en el que muchas de las bandas desconcertantes eran precisamente como las que el extraño meteorito había emitido el año anterior. La propiedad de emitir este espectro se desvaneció en un mes, ya que el polvo posterior consistía principalmente en fosfatos y carbonatos alcalinos.

Ammi no habría hablado a los hombres del pozo si hubiera pensado que iban a hacer algo en ese momento. Se acercaba el atardecer y estaba ansioso por marcharse. Pero no pudo evitar echar una mirada nerviosa al bordillo pedregoso junto a la gran barredura, y cuando un detective lo interrogó admitió que Nahum había temido algo allí abajo, tanto que ni siquiera había pensado en buscar a Merwin o a Zenas. Después de eso, lo único que se podía hacer era vaciar y explorar el pozo inmediatamente, así que Ammi tuvo que esperar temblando mientras se subía un cubo tras otro de agua rancia y se salpicaba el suelo empapado del exterior. Los hombres olfatearon con asco el líquido, y hacia el final se taparon la nariz contra el fetén que estaban destapando. No fue un trabajo tan largo como habían temido, ya que el agua estaba fenomenalmente baja. No es necesario hablar con demasiada exactitud de lo que encontraron. Merwin y Zenas estaban allí, en parte, aunque los vestigios eran principalmente esqueléticos. También había un ciervo pequeño y un perro grande en el mismo estado, y varios huesos de animales más pequeños. El exudado y el limo del fondo parecían inexplicablemente porosos y burbujeantes, y un hombre que descendió a pulso con una larga pértiga comprobó que podía hundir el pozo de madera a cualquier profundidad en el barro del suelo sin encontrar ningún obstáculo sólido.

Ya había caído el crepúsculo, y se trajeron linternas de la casa. Luego, cuando se vio que no se podía sacar nada más del pozo, todos entraron y se reunieron en la antigua sala de estar mientras la luz intermitente de una media luna espectral jugaba débilmente en la desolación gris del exterior. Los hombres estaban francamente desconcertados por todo el caso, y no podían encontrar ningún elemento común convincente que relacionara las extrañas condiciones vegetales, la desconocida enfermedad del ganado y los humanos, y las inexplicables muertes de Merwin y Zenas en el pozo contaminado. Es cierto que habían oído hablar del campo común, pero no podían creer que hubiera ocurrido algo contrario a la ley natural. Sin duda el meteorito había envenenado el suelo, pero la

enfermedad de personas y animales que no habían comido nada cultivado en ese suelo era otra cosa. ¿Fue el agua del pozo? Es muy posible. Sería una buena idea analizarla. Pero, ¿qué peculiar locura pudo hacer que ambos chicos se lanzaran al pozo? Sus actos eran tan similares, y los fragmentos mostraban que ambos habían sufrido la muerte gris y quebradiza. ¿Por qué era todo tan gris y quebradizo?

Fue el forense, sentado cerca de una ventana que daba al patio, el primero que se dio cuenta del resplandor del pozo. La noche se había instalado por completo, y todo el abominable terreno parecía débilmente iluminado con algo más que los irregulares rayos de la luna; pero este nuevo resplandor era algo definido y distinto, y parecía brotar del negro pozo como un rayo suavizado de un reflector, dando reflejos apagados en los pequeños charcos del suelo donde se había vaciado el agua. Tenía un color muy extraño, y mientras todos los hombres se agrupaban alrededor de la ventana, Ammi dio un violento sobresalto. Porque aquel extraño rayo de miasma espantoso no le resultaba desconocido. Había visto ese color antes, y temía pensar lo que podría significar. Lo había visto en el desagradable y frágil glóbulo de aquella aerolita hacía dos veranos, lo había visto en la loca vegetación de la primavera, y había creído verlo por un instante aquella misma mañana contra la pequeña ventana enrejada de aquella terrible habitación del ático donde habían ocurrido cosas sin nombre. Había brillado allí un segundo, y una corriente de vapor húmedo y odioso le había rozado, y entonces el pobre Nahum había sido tomado por algo de ese color. Lo había dicho al final: dijo que era como el glóbulo y las plantas. Después de eso había llegado la fuga en el patio y el chapoteo en el pozo, y ahora ese pozo estaba arrojando a la noche un pálido rayo insidioso del mismo tinte demoníaco.

Es un mérito de la agudeza mental de Ammi el hecho de que, incluso en aquel tenso momento, se preguntara por un punto que

era esencialmente científico. No podía dejar de asombrarse de la impresión que le producía un vapor vislumbrado de día, contra una ventana que se abría en el cielo de la mañana, y de una exhalación nocturna vista como una niebla fosforescente contra el paisaje negro y azotado. No estaba bien, iba en contra de la naturaleza, y pensó en las últimas y terribles palabras de su afectado amigo: "Viene de algún lugar donde las cosas no son como aquí...". . . . uno de esos profesores lo dijo. . . . "

Los tres caballos que estaban fuera, atados a un par de arbolitos marchitos junto al camino, relinchaban y daban zarpazos frenéticamente. El carretero se dirigió a la puerta para hacer algo, pero Ammi le puso una mano temblorosa en el hombro. "No salgas de ahí", susurró. "Hay algo más de lo que sabemos. Nahum dijo que algo vivía en el pozo y que te chupaba la vida. Dijo que debe ser algo que creció de una bola redonda como la que todos vimos en la piedra del meteorito que cayó hace un año en junio. Chupa y quema, dijo, y es sólo una nube de color como la luz de ahí fuera, que apenas se puede ver y no se puede decir lo que es. Nahum pensó que se alimenta de todo lo vivo y que se hace más fuerte cada vez. Dijo que lo había visto la semana pasada. Debe ser algo que viene de lejos en el cielo, como los hombres de la universidad el año pasado dicen que fue la piedra del meteorito. La forma en que está hecha y la forma en que funciona no es como el mundo de Dios. Es algo del más allá".

Así que los hombres se detuvieron indecisos mientras la luz del pozo se hacía más fuerte y los caballos enganchados daban zarpazos y relinchos con creciente frenesí. Era un momento verdaderamente horrible; con el terror en aquella casa antigua y maldita, cuatro conjuntos monstruosos de fragmentos -dos de la casa y dos del pozo- en la leñera de atrás, y aquel rayo de iridiscencia desconocida e impía de las profundidades viscosas de enfrente. Ammi había sujetado al conductor por impulso, olvidando

lo indemne que estaba él mismo tras el roce pegajoso de aquel vapor coloreado en la habitación del ático, pero quizás sea mejor que haya actuado así. Nadie sabrá nunca lo que había en el exterior aquella noche; y aunque la blasfemia del más allá no había herido hasta entonces a ningún humano de mente no debilitada, no se sabe lo que podría haber hecho en ese último momento, y con su fuerza aparentemente aumentada y las señales especiales de propósito que pronto iba a mostrar bajo el cielo de luna medio nublado.

De repente, uno de los detectives de la ventana dio un breve y agudo grito. Los demás le miraron, y luego siguieron rápidamente su propia mirada hacia el punto en el que su ocioso extravío se había detenido repentinamente. No había necesidad de palabras. Lo que se había discutido en las habladurías del campo ya no era discutible, y es por lo que todos los hombres de aquel grupo estuvieron de acuerdo en susurrar más tarde, que en Arkham nunca se habla de los días extraños. Hay que partir de la premisa de que no había viento a esa hora de la noche. Se levantó uno poco después, pero entonces no había absolutamente nada. Incluso las puntas secas de los persistentes setos de mostaza, grises y marchitas, y los flecos del techo del carro demócrata en pie no se agitaban. Y sin embargo, en medio de aquella calma tensa e impía, las altas ramas desnudas de todos los árboles del patio se movían. Se retorcían mórbida y espasmódicamente, arañando con locura convulsiva y epiléptica las nubes iluminadas por la luna; arañando impotentemente en el aire nocivo como si fueran sacudidas por alguna línea de enlace aliada y sin cuerpo con los horrores subterráneos que se retorcían y luchaban bajo las negras raíces.

Ningún hombre respiró durante varios segundos. Luego, una nube más oscura pasó por encima de la luna, y la silueta de las ramas que se agarraban se desvaneció momentáneamente. En ese

momento hubo un grito generalizado; amortiguado por el temor, pero ronco y casi idéntico de todas las gargantas. Porque el terror no se había desvanecido con la silueta, y en un temible instante de oscuridad más profunda los observadores vieron retorcerse a la altura de la copa del árbol un millar de puntitos de tenue y no halado resplandor, inclinando cada rama como el fuego de San Elmo o las llamas que bajan sobre las cabezas de los apóstoles en Pentecostés. Era una monstruosa constelación de luz antinatural, como un enjambre de luciérnagas alimentadas por cadáveres que bailan sarabandas infernales sobre un pantano maldito; y su color era esa misma intrusión sin nombre que Ammi había llegado a reconocer y temer. Mientras tanto, el rayo de fosforescencia del pozo se hacía cada vez más brillante, trayendo a las mentes de los hombres apiñados una sensación de fatalidad y anormalidad que superaba con creces cualquier imagen que sus mentes conscientes pudieran formarse. Ya no brillaba, sino que se derramaba, y cuando la corriente informe de color irremplazable salía del pozo, parecía fluir directamente hacia el cielo.

El veterinario se estremeció y se dirigió a la puerta principal para dejar caer la pesada barra adicional sobre ella. Ammi se estremeció no menos, y tuvo que tirar y señalar a falta de una voz controlable cuando quiso llamar la atención sobre la creciente luminosidad de los árboles. Los relinchos y los pisotones de los caballos se habían vuelto totalmente espantosos, pero ni un alma de aquel grupo en la vieja casa se habría aventurado a salir por ninguna recompensa terrenal. Con los momentos el brillo de los árboles aumentaba, mientras sus inquietas ramas parecían esforzarse más y más hacia la verticalidad. La madera del pozo brillaba ahora, y en ese momento un policía señaló mudamente unos cobertizos de madera y colmenas cerca del muro de piedra del oeste. Empezaban a brillar también, aunque los vehículos atados de los visitantes parecían no haberse visto afectados. Entonces se produjo un salvaje alboroto y un repiqueteo en el camino, y cuando Ammi apagó la lámpara para ver mejor, se dieron cuenta de que el grupo de grises frenéticos

había roto el arbolito y se había escapado con el carro de los demócratas.

El susto sirvió para soltar varias lenguas y se intercambiaron susurros avergonzados. "Se extiende sobre todo lo orgánico que ha estado por aquí", murmuró el médico forense. Nadie contestó, pero el hombre que había estado en el pozo dejó entrever que su larga pértiga debía de haber removido algo intangible. "Fue horrible", añadió. "No había fondo en absoluto. Sólo rezuma y burbujas y la sensación de que algo acecha allí abajo". El caballo de Ammi seguía dando zarpazos y chillando ensordecedoramente en el camino de afuera, y casi ahogaba el débil temblor de su dueño cuando mascullaba sus reflexiones sin forma. "Viene de esa piedra, creció allá abajo, se apoderó de todo lo vivo, se alimentó de ellos, de la mente y del cuerpo, Thad y Merwin, Zenas y Nabby, Nahum fue el último, todos bebieron el agua, se hizo fuerte en ellos, viene del más allá, donde las cosas no son como aquí, ahora se va a casa".

En ese momento, cuando la columna de color desconocido se encendió repentinamente con más fuerza y comenzó a tejer fantásticas sugerencias de forma que cada espectador describió después de manera diferente, salió del pobre Héroe atado un sonido como ningún hombre, antes o después, había escuchado de un caballo. Todos los presentes en aquella sala de estar de tono bajo pararon sus oídos, y Ammi se apartó de la ventana con horror y náuseas. Cuando Ammi se asomó de nuevo a la ventana, la desdichada bestia yacía inerte en el suelo iluminado por la luna, entre las astillas de la calesa. Aquello fue lo último de Hero hasta que lo enterraron al día siguiente. Pero el presente no era momento para lamentarse, pues casi en ese instante un detective llamó silenciosamente la atención sobre algo terrible en la misma habitación donde se encontraban. En ausencia de la luz de la lámpara, estaba claro que una débil fosforescencia había

comenzado a impregnar todo el apartamento. Resplandecía en el suelo de tablas anchas, donde la alfombra de trapo lo dejaba al descubierto, y brillaba sobre los marcos de las pequeñas ventanas. Subía y bajaba por los postes expuestos de las esquinas, coruscaba sobre la estantería y la repisa de la chimenea, e infectaba las propias puertas y los muebles. Cada minuto que pasaba se intensificaba, y al final quedó claro que los seres vivos sanos debían abandonar aquella casa.

Ammi les mostró la puerta trasera y el camino que subía por los campos hasta el pasto de diez acres. Caminaron y tropezaron como en un sueño, y no se atrevieron a mirar hacia atrás hasta que estuvieron lejos, en el terreno alto. Se alegraron del sendero, pues no habrían podido ir por el camino de enfrente, por ese pozo. Ya era bastante malo pasar por el reluciente granero y los cobertizos, y por aquellos brillantes árboles frutales de contornos nudosos y diabólicos; pero gracias al cielo, las ramas hacían su peor torsión en lo alto. La luna se ocultó bajo unas nubes muy negras cuando cruzaron el rústico puente sobre Chapman's Brook, y desde allí fue un tanteo ciego hasta los prados abiertos.

Cuando volvieron a mirar hacia el valle y el lejano lugar de Gardner en el fondo, vieron un espectáculo temible. Toda la granja brillaba con la horrible mezcla de colores desconocidos; los árboles, los edificios, e incluso la hierba y el pasto que no se habían transformado totalmente en una fragilidad gris letal. Todas las ramas se alzaban hacia el cielo, con lenguas de fuego asqueroso, y chorreones del mismo fuego monstruoso se arrastraban por las cumbreras de la casa, el granero y los cobertizos. Era una escena sacada de una visión de Fuseli, y sobre todo el resto reinaba ese tumulto de amorfidad luminosa, ese arco iris ajeno y no dimensionado de veneno críptico del pozo: algo, sintiendo,

lamiendo, alcanzando, centelleando, esforzándose y burbujeando malignamente en su cromatismo cósmico e irreconocible.

Entonces, sin previo aviso, la horrible cosa se disparó verticalmente hacia el cielo como un cohete o un meteorito, sin dejar rastro y desapareciendo a través de un agujero redondo y curiosamente regular en las nubes antes de que ningún hombre pudiera jadear o gritar. Ningún observador podrá olvidar jamás aquel espectáculo, y Ammi se quedó mirando sin comprender las estrellas de Cyngus, Deneb centelleando por encima de las demás, donde el color desconocido se había fundido con la Vía Láctea. Pero al momento siguiente su mirada fue llamada rápidamente a la tierra por el crepitar del valle. Era sólo eso. Sólo un desgarró y un crepitar de madera, y no una explosión, como tantos otros del grupo juraban. Sin embargo, el resultado fue el mismo, ya que en un febril instante caleidoscópico estalló desde aquella granja condenada y maldita un reluciente cataclismo eruptivo de chispas y sustancia antinaturales; nublando la mirada de los pocos que lo vieron, y enviando hacia el cenit un bombardeo de fragmentos tan coloridos y fantásticos como nuestro universo debe repudiar. A través de los vapores que se cerraban rápidamente, siguieron al gran morbo que se había desvanecido, y en otro segundo ellos también se habían desvanecido. Detrás y debajo sólo había una oscuridad a la que los hombres no se atrevían a volver, y a su alrededor se levantaba un viento que parecía descender en ráfagas negras y heladas desde el espacio interestelar. Chillaba y aullaba, y azotaba los campos y los bosques distorsionados en un loco frenesí cósmico, hasta que pronto el tembloroso grupo se dio cuenta de que sería inútil esperar a que la luna mostrara lo que quedaba allí abajo, en Nahum.

Demasiado asustados incluso para insinuar teorías, los siete hombres temblorosos regresaron a Arkham por el camino del norte. Ammi estaba peor que sus compañeros, y les rogó que lo vieran dentro de su propia cocina, en lugar de seguir derecho hacia el

pueblo. No quería cruzar solo el bosque asolado y azotado por el viento hasta su casa en la carretera principal. Porque se había llevado el susto de que los demás se hubieran salvado, y estaba aplastado para siempre por un miedo inquietante que no se atrevía a mencionar durante muchos años. Mientras el resto de los observadores en aquella tempestuosa colina habían puesto sus rostros hacia el camino, Ammi había mirado un instante hacia atrás, hacia el sombrío valle de la desolación que últimamente albergaba a su malogrado amigo. Y desde aquel punto tan lejano y afectado había visto algo que se elevaba débilmente, para luego volver a hundirse en el lugar desde el que el gran horror informe había salido disparado hacia el cielo. Era sólo un color, pero no un color de nuestra tierra o de nuestros cielos. Y como Ammi reconoció ese color, y supo que ese último y tenue remanente debía seguir acechando allí abajo, en el pozo, nunca se sintió bien desde entonces.

Ammi no volvió a acercarse a ese lugar. Hace ya cuarenta y cuatro años que ocurrió el horror, pero nunca ha estado allí, y se alegrará cuando el nuevo embalse lo borre. Yo también me alegraré, porque no me gusta la forma en que la luz del sol cambió de color alrededor de la boca de aquel pozo abandonado por el que pasé. Espero que el agua sea siempre muy profunda, pero aun así, nunca la beberé. No creo que vuelva a visitar el país de Arkham en lo sucesivo. Tres de los hombres que habían estado con Ammi regresaron a la mañana siguiente para ver las ruinas a la luz del día, pero no había ninguna ruina real. Sólo los ladrillos de la chimenea, las piedras del sótano, algunos desperdicios minerales y metálicos aquí y allá, y el borde de aquel nefasto pozo. Salvo el caballo muerto de Ammi, que remolcaron y enterraron, y la calesa que le devolvieron en breve, todo lo que había sido vivo había desaparecido. Quedaron cinco acres de desierto gris y polvoriento, y desde entonces nada ha crecido allí. Hasta el día de hoy se extiende abierto hacia el cielo como una gran mancha carcomida por el ácido en los bosques y

campos, y los pocos que se han atrevido a vislumbrarlo a pesar de los relatos rurales lo han llamado "el maldito brezal".

Los cuentos rurales son extraños. Podrían ser aún más extrañas si los hombres de la ciudad y los químicos universitarios se interesaran lo suficiente como para analizar el agua de ese pozo en desuso, o el polvo gris que ningún viento parece dispersar. Los botánicos también deberían estudiar la flora atrofiada en los límites de ese lugar, ya que podrían arrojar luz sobre la idea del país de que la plaga se está extendiendo poco a poco, tal vez un centímetro al año. La gente dice que el color de la hierba vecina no es del todo correcto en la primavera, y que las cosas salvajes dejan huellas extrañas en la ligera nieve del invierno. La nieve nunca parece tan pesada en el brezo como en otros lugares. Los caballos -los pocos que quedan en esta era del motor- se vuelven asustadizos en el silencioso valle; y los cazadores no pueden confiar en sus perros demasiado cerca de la mancha de polvo grisáceo.

Dicen que las influencias mentales también son muy malas; los números se volvieron raros en los años posteriores a la toma de Nahum, y siempre les faltó poder para escapar. Entonces, todos los más fuertes abandonaron la región, y sólo los extranjeros intentaron vivir en las viejas y desmoronadas casas. Sin embargo, no pudieron quedarse, y a veces uno se pregunta qué visión más allá de la nuestra les han dado sus salvajes y extrañas historias de magia susurrada. Sus sueños nocturnos, protestan, son muy horribles en ese grotesco país; y seguramente la sola mirada del reino oscuro es suficiente para despertar una fantasía morbosa. Ningún viajero se ha librado nunca de una sensación de extrañeza en esos profundos barrancos, y los artistas se estremecen al pintar espesos bosques cuyo misterio es tanto de los espíritus como de la vista. Yo mismo siento curiosidad por la sensación que me produjo mi único paseo en solitario antes de que Ammi me contara su historia. Cuando llegó

el crepúsculo, deseé vagamente que se acumularan algunas nubes, pues una extraña timidez respecto a los profundos vacíos del cielo se había introducido en mi alma.

No me pidas mi opinión. No sé, eso es todo. No había nadie más que Ammi para preguntar; porque la gente de Arkham no habla de los días extraños, y los tres profesores que vieron el aerolito y su glóbulo de color están muertos. Había otros glóbulos, no cabe duda. Uno debió alimentarse y escapar, y probablemente hubo otro que llegó demasiado tarde. Sin duda sigue en el pozo; sé que había algo malo en la luz del sol que vi por encima de ese borde miasmal. Los rústicos dicen que el tizón se arrastra una pulgada al año, así que tal vez haya una especie de crecimiento o alimentación incluso ahora. Pero sea cual sea la criatura demoníaca que hay allí, debe estar atada a algo o de lo contrario se extendería rápidamente. ¿Está sujeta a las raíces de esos árboles que arañan el aire? Uno de los cuentos actuales de Arkham habla de robles gordos que brillan y se mueven como no deberían hacerlo por la noche.

Lo que es, sólo Dios lo sabe. En términos de materia, supongo que lo que Ammi describió se llamaría gas, pero este gas obedecía a leyes que no son de nuestro cosmos. No era fruto de los mundos y soles que brillan en los telescopios y placas fotográficas de nuestros observatorios. No era un soplo de los cielos cuyos movimientos y dimensiones nuestros astrónomos miden o consideran demasiado vastos para medirlos. Era sólo un color del espacio, un espantoso mensajero de reinos no formados del infinito, más allá de toda la Naturaleza que conocemos; de reinos cuya mera existencia aturde el cerebro y nos adormece con los negros abismos extracósmicos que abre ante nuestros ojos frenéticos.

Dudo mucho que Ammi me mintiera conscientemente, y no creo que su relato fuera todo un engendro de la locura, como habían

advertido los lugareños. Algo terrible llegó a las colinas y a los valles con ese meteoro, y algo terrible -aunque no sé en qué proporción- aún permanece. Me alegraré de que llegue el agua. Mientras tanto, espero que no le pase nada a Ammi. Ha visto tanto y su influencia ha sido tan insidiosa. ¿Por qué nunca ha sido capaz de alejarse? Con qué claridad recordaba aquellas últimas palabras de Nahum: "No puedo alejarme, te atrae, sabes que viene algo, pero no sirve de nada"; Ammi es un anciano tan bueno, que cuando la cuadrilla del embalse se ponga a trabajar, debo escribir al ingeniero jefe para que lo vigile de cerca. No me gustaría pensar en él como la monstruosidad gris, retorcida y quebradiza que persiste cada vez más en perturbar mi sueño.

FIN